

estas desabridas palabras: «Déjeme usted morir en paz».

Libre pensador en religión, era también Miranda francés hasta la médula de los huesos y apasionado hasta tal punto por la Revolución, a la cual había servido con su espada, que llegó hasta disculpar las matanzas de setiembre en París, y felicitó a aquellos de sus amigos de América que se llamaban jacobinos, declarando, además, que habría preferido la devastación de la mitad del mundo al fracaso de la Revolución francesa.

Como Jefferson, el ilustre Secretario de Estado de Washington, y más tarde dos veces Presidente de los Estados Unidos, y gran liberal, Miranda pensaba que una revolución es buena siempre y nunca debe escatimarse; que nada significan unos cuantos millares de vidas humanas perdidos en uno o dos siglos, puesto que lo que más abunda en el mundo es gente; que la humanidad es una selva muy frondosa para resentirse con la poda benéfica de sus ramas inútiles o marchitas; que el árbol de la libertad debe refrescarse de cuando en cuando con sangre de tiranos y patriotas, que es su natural abono.

Y de mil amores hubiera acogido estas palabras de Tomás Carlyle, escritas en *Los Héroes*, su obra maestra: «Cueste los sacrificios que cueste, reinados del Terror, horrores de revoluciones como la francesa, cuanto de cruel y de horrible pueda imaginarse, forzosa y necesariamente debemos volver por los fueros de la razón y de la verdad. Paso a la Verdad, que se nos presenta revestida con todos los horrores y el fuego del infierno, puesto que así la queremos y así es ella».

Miranda y Naríño fueron los precursores de la independencia, cruelmente perseguidos por la Fatalidad. Por sus talentos, convicción y energías hubieran podido ser los libertadores de Colombia, si uno más joven que ellos no hubiera nacido con esa predestinación. Su misión fué la triste de todos los precursores: allanar el camino a otro que habrá de llegar, y morir en el martirio y el olvido antes de ver florecer y fructificar el árbol milenario que sembraron. Como el poeta alemán que hizo su nido en la peluca de Voltaire, ellos también pudieron exclamar al morir: «Colocad sobre mi tumba una espada, porque fuí un bravo soldado en la guerra por la libertad del hombre».

• •

Por aquellos días de 1812 era Bolívar Comandante de la Plaza y Castillo de Puerto Cabello. Después de haberse batido heroicamente, hubo de abandonar aquel sitio por la traición de los presos del castillo de San Felipe, a

quienes se había indultado generosamente la vida, y que aliados al Oficial Francisco Fernández Vinoni, que mandaba la guardia aquel día, enarbolaron el pabellón español el 30 de junio, a las tres de la tarde.

Llegado Bolívar a Caracas encontró la ciudad en poder de Monteverde, quien, a pesar de la capitulación, estaba dedicado a llenar las cárceles de patriotas. Bolívar fué encarcelado e

Tarjeta de Año Nuevo

Nos llega una, atenta y fina, de Blanco-Fombona. Tantas gracias, buen amigo.

Trae estampado en el reverso a Bolívar, según el grabado de Kepper, y al pie, la leyenda que luego se verá.



SIMÓN BOLÍVAR

*Libérateur de l'Amérique du Sud.
Né à Caracas le 24 juillet 1783 et mourut
à Sainte-Marthe
(Colombie), le 17 décembre 1830.*

iba a ser remitido a España para morir como Miranda en la Carraca, cuando, al saberlo, don Francisco de Iturbe, aquel honrado español que estuvo presente en su bautizo, vuela donde Monteverde, y, demos la palabra al mismo Bolívar para que nos narre el bello episodio:

«Yo fuí presentado a Monteverde, dice, por un hombre tan generoso como yo era desgraciado. Con este discurso me presentó Iturbe al vencedor: «Aquí está el Comandante de Puerto Cabello por quien he ofrecido mi garantía; si a él toca alguna pena, yo la

sufro, mi vida está por la suya.»⁽¹⁾ Y el propio Iturbe continúa: «Monteverde contestó al discurso citado: «Se concede pasaporte al señor (mirando a Bolívar) en recompensa del servicio que ha hecho al rey con la prisión de Miranda». Hasta entonces Bolívar había estado callado, mas al oír estas palabras, que dirigía Monteverde al Secretario Muro, repuso en el acto que había apresado a Miranda para castigar un traidor a su patria, no para servir al rey. Tal respuesta descompuso a Monteverde, pero Iturbe intervino, terminando por decir jocosamente a su amigo Muro: «Vamos, no haga usted caso de este calavera; déle usted el pasaporte, y que se vaya.»⁽²⁾

Al día siguiente, 27 de agosto, estaba Bolívar en la cubierta del bergantín inglés *Good Hope*, surto en la Guaira, Iturbe lo abrazaba, mientras el capitán se disponía a partir.

—Adiós, don Francisco, le dijo Bolívar, dándole un estrechísimo abrazo. Adiós, usted me ha salvado la vida, y con ella la independencia de América. Gracias en mi nombre y en el de la Patria!

—¿Qué, todavía piensas en esas locuras? ¿No ves que la causa de los insurgentes está perdida?

—Sólo las almas débiles se abaten al primer revés, don Francisco de Iturbe; el valor y la constancia corrigen la mala fortuna. Antes de diez años el pabellón español habrá dejado de flotar sobre aquella almena (señalando la bandera de Castilla).

Iturbe se retiró. Una hora después el *Good Hope* desplegaba sus blancas velas, hinchadas por el viento, y suavemente se deslizaba sobre las ondas azules....

Don Francisco de Iturbe, cruzado de brazos, desde la playa veía alejarse el bergantín. Todavía al caer la tarde lo vieron allí meditabundo; pero cuando las sombras de la noche borraron el punto blanco del horizonte, el español se retiró murmurando:

«La profecía del Canónigo se cumplirá... Juan Félix era un santo»....

Con lo cual se refería al pronóstico de don Juan Félix Jerez y Aristeguieta, Canónigo doctoral de la Iglesia metropolitana de Caracas, primo de doña Concepción Palacios y Blanco, madre del Libertador, cuando éste vino al mundo, y que el mismo Iturbe oyó ese día de labios del Canónigo:

«Este niño será, andando los tiempos, el Simón Macabeo de la América».

• •

(1) Carta de Iturbe a Larrazabal, *Vida de Bolívar*, Nueva York, 1883. Obsérvese que Mitre ha narrado este episodio con evidente mala fe, en su *Historia de San Martín*. Tomo III, p. 263.

(2) Oficio al Congreso de Cúcuta, de agosto de 1821. Véase también la carta de Bolívar a Iturbe, suscrita en Curazao el 19 de setiembre de 1821, pocos días después de llegar salvo a la isla. *O'Leary*, XXIV.